

Algunas frases de Alexandra Mikhailovna Kollontai

(San Petersburgo, 31 de marzo de 1872 ♀ Moscú, 9 de marzo de 1952)



El mundo de las mujeres está dividido, igual que el mundo de los hombres, en dos esferas: una radica en las ideas, objetivos e intereses cercanos a la burguesía y la otra en aquellos cercanos al proletariado, cuyas aspiraciones de libertad incluyen la solución integral a la cuestión de la mujer. Por tanto, ambos grupos, pese a que comparten el objetivo general de la «liberación de la mujer», persiguen fines distintos, intereses dispares y métodos de lucha divergentes.

Aún creía que habrá de venir un tiempo en que la mujer sería juzgada con las mismas medidas morales que el hombre. Pues no es su virtud específicamente femenina lo que le confiere un puesto de honor en la sociedad, sino el valor del trabajo útil que haya desempeñado, el valor de su personalidad como ser humano, como ciudadana, como pensadora, como luchadora... este motivo ha constituido la fuerza directriz de toda mi vida y obra. Seguir mi camino, trabajar, luchar, crear lado a lado con los hombres y aspirar a un objetivo universal humano, construyendo al mismo tiempo mi vida personal e íntima como mujer, según mi propia voluntad y las leyes innatas de mi naturaleza: tales son los postulados que han condicionado mi ideario.

Cada nuevo objetivo de la clase trabajadora representa un paso que conduce a la humanidad hacia el reino de la libertad y la igualdad social: cada derecho que gana la mujer le acerca a la meta fijada de su emancipación total.

Para llegar a ser verdaderamente libre, la mujer debe desprenderse de las cadenas que le arroja encima la forma actual, trasnochada y opresiva de la familia. Para la mujer, la solución del problema familiar no es menos importante que la conquista de la igualdad política y el establecimiento de su plena independencia económica.

La unión a través del afecto y la camaradería, la unión de dos miembros iguales de la sociedad comunista, ambos libres, ambos independientes y ambos trabajadores. Basta de someter a la mujer en el hogar, basta de la falta de igualdad dentro de la familia.

El «amor libre», introducido sistemáticamente en la sociedad de clases actual, en lugar de liberar a la mujer de las penurias de la vida familiar, ¿no la lastrará seguramente con una nueva carga: la tarea de cuidar—sola y sin ayuda—de sus hijos? Únicamente una serie de reformas radicales en el ámbito de las relaciones sociales, reformas mediante las cuales las obligaciones de la familia recaerían sobre la sociedad y el Estado, crearía la situación favorable para que el principio del «amor libre» pudiera en cierta medida realizarse.

Observad a todos esos señores, empresarios y administradores de sociedades industriales: ¿no se aprovechan frecuentemente a su manera del «amor libre» al obligar a obreras, empleadas y criadas a someterse a sus caprichos sexuales, bajo la amenaza de despido? Esos patronos que envilecen a su doncella y después la ponen en la calle cuando ha quedado embarazada, ¿acaso no están aplicando ya la fórmula del «amor libre»?

La consigna del «amor libre» ¿puede mejorar la triste suerte de estas mujeres que ganan justo lo mínimo para no morir de hambre? Cabe señalar que cuando las feministas hablan con entusiasmo de nuevas formas de unión extramatrimoniales para las burguesas emancipadas, les dan el bonito nombre de «amor libre». Pero cuando se trata de la clase obrera, esas mismas uniones extramatrimoniales son vituperadas con el término despectivo de «relaciones sexuales desordenadas».

Entre las múltiples consignas fundamentales que la clase obrera debe tener en cuenta en su lucha para la conquista de la sociedad futura, tiene que incluirse necesariamente la de establecer relaciones sexuales más sanas y que, por tanto, hagan más feliz a la humanidad. Es inexplicable e injustificable que el vital problema sexual se relegue hipócritamente al casillero de las cuestiones «puramente privadas».

Cada distinción especial hacia las mujeres en el trabajo de una organización obrera es una forma de elevar la conciencia de las trabajadoras y acercarlas a las filas de quienes están luchando por un futuro mejor. El Día de la Mujer y el lento, metódico trabajo llevado para elevar la auto-conciencia de la mujer trabajadora están sirviendo a la causa, no de la división, sino de la unión de la clase trabajadora.

En una Sociedad Comunista la mujer trabajadora no tendrá que pasar sus escasas horas de descanso en la cocina, porque en la Sociedad Comunista existirán restaurantes públicos y cocinas centrales en los que podrá ir a comer todo el mundo.

Existen ya casas para los niños lactantes, guardería infantiles, jardines de la infancia, colonias y hogares para niños, enfermerías y sanatorios para los enfermos o delicados, restaurantes, comedores gratuitos para los discípulos en escuelas, libros de estudio gratuitos, ropas de abrigo y calzado para los niños de los establecimientos de enseñanza. ¿Todo esto no demuestra suficientemente que el niño sale ya del marco estrecho de la familia, pasando la carga de su crianza y educación de los padres a la colectividad?

Ya no existirá la madre agobiada con un chiquillo en brazos. El Estado de los Trabajadores se encargará de la obligación de asegurar la subsistencia a todas las madres, estén o no legítimamente casadas, en tanto que amamenten a su hijo; instalará por doquier casas de maternidad, organizará en todas las ciudades y en todos los pueblos guarderías e instituciones semejantes para que la mujer pueda ser útil trabajando para el Estado mientras, al mismo tiempo, cumple sus funciones de madre.

Tan pronto como el nuevo ser llegue al mundo, el Estado de la Clase Trabajadora, la Sociedad Comunista, asegurará al hijo y a la madre una ración para su subsistencia y cuidados solícitos. La Patria comunista alimentará, criará y educará al niño. Pero esta patria no intentará, en modo alguno, arrancar al hijo de los padres que quieran participar en la educación de sus pequeñuelos. La Sociedad Comunista tomará a su cargo todas las obligaciones de la educación del niño, pero nunca despojará de las alegrías paternas, de las satisfacciones maternas, a quienes sean capaces de apreciar y comprender estas alegrías. ¿Se puede, pues, llamar a esto destrucción de la familia por la violencia o separación a la fuerza de la madre y el hijo?

Sobre las ruinas de la vieja vida familiar veremos pronto resurgir una nueva forma de familia que supondrá relaciones completamente diferentes entre el hombre y la mujer, basadas en una unión de afectos y camaradería, en una unión de dos personas iguales en la Sociedad Comunista, las dos libres, las dos independientes, las dos obreras. ¡No más “servidumbre” doméstica para la mujer! ¡No más desigualdad en el seno mismo de la familia! ¡No más temor por parte de la mujer de quedarse sin sostén y ayuda si el marido la abandona!

Una vez este matrimonio sea sustituido por la unión libre y honesta de hombres y mujeres que se aman y son camaradas, habrá comenzado a desaparecer otro vergonzoso azote, otra calamidad horrorosa que mancilla a la humanidad y cuyo peso recae por entero sobre el hambre de la mujer trabajadora: la prostitución.

Desde ahora, la madre obrera que tenga plena conciencia de su función social se elevará a tal extremo que llegará a no establecer diferencias entre «los tuyos y los míos»; tendrá que recordar siempre que desde ahora no habrá más que «nuestros» hijos, los del Estado Comunista, posesión común de todos los trabajadores. El cariño estrecho y exclusivista de la madre por sus hijos tiene que ampliarse hasta dar cabida a todos los niños de la gran familia proletaria.

En vez de la familia de tipo individual y egoísta, se levantará una gran familia universal de trabajadores en la cual todos los trabajadores, hombres y mujeres, serán ante todo obreros y camaradas.

Una de las fuentes de estas frases es

“Frases de Alejandra Kollontai, mi feminista favorita” (<http://on.fb.me/1EpHOGe>)



Alexandra Kollontai

31/03/1872 ♀ 09/03/1952

Notable economista política y revolucionaria rusa. La única mujer miembro del Comité Central de Lenin. Diplomática de carrera, defensora de la emancipación de la mujer, Kollontai trató el tema de la sexualidad de la mujer, su timidez y el activismo político.

Alexandra Domontovich nació en el seno de una familia aristocrática de San Petersburgo. Su padre era general del ejército imperial ruso y su madre hija de un comerciante de maderas. Criada mayormente por la servidumbre, tenía maestros privados en casa durante el año y pasaba el verano leyendo en la finca de la familia de Karelia en Finlandia, bajo dominación rusa en esa época. Así, Kollontai se interiorizó

de la vida de los arrendatarios de tierras y los trabajadores agrícolas. Estudió literatura con Victor Ostrogorskii, obtuvo el título de maestra y comenzó a escribir.

Contra los deseos de sus padres, en 1893 se casó con su primo Vladimir Ludvigovich Kollontai, oficial de ejército. Luego del nacimiento de su hijo Mikhail, la vida de matrimonio resultó un gran desilusión, al sentirse atrapada en casa sin tiempo para escribir.

Durante una inspección a una fábrica textil, Kollontai encontró un niño muerto en una vivienda hacinada de los barrios pobres, hecho que marcó su vida y la convirtió en revolucionaria.

Aún enamorada de su marido, en 1898 Kollontai dejó atrás su vida matrimonial y a su hijo para estudiar economía política en Zurich. Ya había leído a Marx y Lenin y en Zurich se familiarizó con las ideas de Karl Kautsky y Rosa Luxemburg. Su primer artículo examinaba la relación del medio ambiente en el desarrollo de los niños y su primer libro investigaba las condiciones de vida y de trabajo del proletariado finlandés con relación a la industria. El libro se publicó en 1903 en San Petersburgo, donde llamó la atención entre los círculos revolucionarios.

El 3 de enero de 1905 se unió a la marcha de los trabajadores al Palacio de Invierno en San Petersburgo, que terminó en la masacre del Domingo Sangriento: los guardias imperiales del Zar mataron a unos 130 manifestantes. En 1906 publicó una colección de artículos sobre Finlandia y el socialismo. Acusada de fomentar un levantamiento armado contra el imperio ruso, tuvo que escapar para evitar ser arrestada. Vivió en el exilio desde 1908 viajando por Europa dando conferencias.

En 1914 Kollontai se unió a los bolcheviques, la facción radical del partido Social Demócrata de los trabajadores rusos, establecido por Lenin. Debido a sus actividades revolucionarias estuvo presa brevemente en Alemania y en Suecia, de donde la echaron. Desde 1915, Kollontai fue asistente de Lenin. Como ardiente pacifista, viajó por Estados Unidos dando conferencias contra la participación en la Primera Guerra Mundial.

Luego de la revolución rusa de 1917, regresó a San Petersburgo y fue arrestada meses más tarde junto con Lev Trotsky. Fue liberada bajo fianza, pagada por el escritor Máximo Gorky, entre otros. En junio la nombraron delegada rusa en el IX Congreso del Partido Social Demócrata finlandés.

Kollontai se convirtió en la primera mujer elegida como miembro del Comité Central del Partido. Luego de la revolución de octubre, cuando Lenin y los bolcheviques tomaron el poder, la nombraron Comisaria del Pueblo de Bienestar Social. Al llegar al ministerio se encontró con una huelga de los empleados mientras delegaciones de minusválidos hambrientos y huérfanos desnutridos sitiaron el edificio. Con lágrimas en los ojos, Kollontai mandó arrestar a los huelguistas hasta que entregaran las llaves de la oficina y la caja fuerte. Cuando las regresaron se descubrió que la ministra anterior, la condesa Panina, se había llevado los fondos.

Kollontai fue una figura tan popular como controvertida por defender la simplificación de los procedimientos de matrimonio y divorcio, mejorar la posición de los hijos ilegítimos y organizar campañas que promovían reformas en la vida doméstica. Junto con Inessa Armand y Nadezhda Krupskaja fue miembro fundadora del Sector de la Mujer del Partido Comunista. Con esta organización trabajó para mejorar las condiciones de la vida de las mujeres en la Unión Soviética, luchó contra el analfabetismo y a favor de la institución de leyes de trabajo. Su contribución al movimiento para llevar la izquierda hacia un sistema más humanista y menos centralizado fue disputada aunque no silenciada.

En 1918, Kollontai se casó con Pavel Dybenko, de quien se separó en 1922, y luego tuvo un largo amorío con un activista bolchevique doce años más joven que ella. Rechazaba el feminismo burgués de la época al insistir en que el socialismo era una condición necesaria para la emancipación de la mujer y la igualdad entre los sexos. En 1933 recibió la Orden de Lenin por su trabajo organizativo con la mujer.

A principio de los años 20, Kollontai fue vicepresidenta del Secretariado Internacional de la Mujer del Internacional Comunista. Desilusionada con la Nueva Política Económica de Lenin, que permitía la actividad privada en la agricultura, el comercio y la industria menor, Kollontai tuvo un papel preponderante en la oposición de los Trabajadores Libertarios. El grupo dentro del Partido exigía una democracia mayor y quería transferir más poder a las organizaciones sindicales, en vez del Estado. Luego de haber sido prohibido en 1921, varios miembros del grupo fueron arrestados y asesinados. Al volverse cada vez más crítica del Partido Comunista, fue marginada políticamente, lo que tal vez le salvó la vida.

La liberación sexual de la mujer, uno de los programas de Kollontai, fue criticado por mujeres de la clase trabajadora. Su teoría contra el amor posesivo tampoco recibió la aprobación de Lenin. Sus adversarios políticos manipularon sus teorías para acusarla de defender la promiscuidad y descuidar sus obligaciones y la amenazaron con expulsarla del Partido. Por fin Lenin forzó su renuncia en 1918 como Comisaria debido a su total desacuerdo con las políticas del momento.

Luego de un breve período en 1922 en Ucrania como Comisaria de Propaganda y Agitación, Kollontai continuó como diplomática. Fue nombrada Ministra de Noruega, puesto que ocupó de 1923 a 1926. Desde 1930 fue diplomática en Suecia y en 1943 se convirtió en la primera mujer embajadora del mundo. En este período vivió prácticamente exiliada y alejada de la política.

Su *[Autobiografía de una mujer emancipada](#)* se publicó primero en Alemania en 1927 y nunca se publicó en Rusia. Entre 1934 y 1939, Stalin liquidó al 70% de los miembros del Comité Central. Kollontai fue una de las pocas líderes del primer gobierno bolchevique que no murieron en las purgas, aunque Stalin la consideraba una traidora.

Kollontai tuvo un papel prominente en las negociaciones para el armisticio de 1944 que concluyó la guerra entre Rusia y Finlandia (1939-1940). Regresó a la Unión Soviética en 1945. Fue nominada en 1946 para el Premio Nobel de la Paz. Pasó sus últimos años en Moscú, escribiendo sus memorias y sirviendo como asesora del Ministerio de Relaciones Exteriores ruso. En 1947 Kollontai, sometida a una silla de ruedas, sufriendo dificultades de racionamiento y claramente deprimida con la situación política, igualmente hasta el final se mantuvo fiel a la causa marxista-leninista. Murió de un infarto cardíaco en Moscú.

La unión a través del afecto y la camaradería, la unión de dos miembros iguales de la sociedad comunista, ambos libres, ambos independientes y ambos trabajadores. Basta de someter a la mujer en el hogar, basta de la falta de igualdad dentro de la familia. A.K.

Fuente: <https://mujeresparapensar.wordpress.com/2009/06/28/alexandra-kollontai/>

Alejandra Kollontai: la mujer nueva

A finales del XIX, con el marxismo en expansión y tras los antecedentes de [Flora Tristán](#) y [Clara Zetkin](#), fue Alejandra Kollontai quien dio un paso más allá dentro del marxismo y sus ideas se acercaron mucho a lo que sería el feminismo radical de los años setenta.



«Aunque mi corazón no aguante la pena de perder el amor de Kollontai, tengo otras tareas en la vida más importantes que la felicidad familiar. Quiero luchar por la liberación de la clase obrera, por los derechos de las mujeres, por el pueblo ruso.»

Es la carta que Alejandra Kollontai le escribe a su amiga Zoia desde el tren que la aleja de su noble y rica familia rusa, de su marido—su primo, ingeniero joven y sin fortuna con el que se había casado por amor—y de su hijo, rumbo a Zúrich para proseguir sus estudios marxistas en la universidad de la ciudad suiza. Kollontai había nacido en 1872 y cuando inicia ese primer viaje tiene 26 años. Ya no pararía. De vuelta a San Petersburgo ingresó en el partido socialdemócrata, en la facción menchevique, ilegal en aquellos momentos. Kollontai trabajaría como escritora y propagandista a favor de la clase obrera, pero también ella comprobó el poco interés del partido por la liberación de las mujeres. Así que, como señala Ana de Miguel, asumió la doble misión que marcaría su vida: luchar contra el potente movimiento feminista de su época y, al mismo tiempo, contra la indiferencia de la clase obrera y sus dirigentes por la opresión específica de las mujeres.

Kollontai abrió en 1907 el primer Círculo de Obreras y al año siguiente tuvo que huir de Rusia. Hasta 1917 vive exiliada en Europa y Estados Unidos y cuando regresa a Rusia forma parte del primer gobierno de Lenin como Comisaria del Pueblo para la Asistencia Pública. Tres años después se une a la Oposición Obrera, mostrando así sus discrepancias con la Nueva Política Económica de Lenin. A partir de 1922 es enviada a la delegación diplomática de Oslo. Desde entonces, no deja de recorrer embajadas. La fuerza de Kollontai era tal que a pesar de sufrir una apoplejía en 1942, durante tres años dirigió la delegación diplomática de Oslo en silla de ruedas. Kollontai murió en 1952 en Moscú, pero unos años antes llegó a ser candidata al Premio Nobel de la Paz por sus esfuerzos para poner fin a la guerra ruso-finlandesa.

Lo más significativo de su discurso fue hacer suya la idea de Marx de que para construir un mundo mejor, además de cambiar la economía tenía que surgir el hombre nuevo. Así, defendió el amor libre, igual salario para las mujeres, legalización del aborto y la socialización del trabajo doméstico y del cuidado de los niños, pero sobre todo, señaló la necesidad de cambiar la vida íntima y sexual de las mujeres. Para Kollontai, era necesaria la mujer nueva que, además de independiente económicamente, también tenía que serlo psicológica y sentimentalmente.

Por estas razones, para muchas expertas como Ana de Miguel, Alejandra Kollontai fue quien articuló de forma más racional y sistemática feminismo y marxismo. Porque Kollontai no se limitó a incluir a la mujer en la revolución socialista, sino que definió qué tipo de revolución necesitaban las mujeres. Para ella, con abolir la propiedad privada y que las mujeres se incorporaran al trabajo fuera de casa no era suficiente ni mucho menos. La revolución que necesitaban las mujeres era la revolución de la vida cotidiana, de las costumbres y, sobre todo, de las relaciones entre los sexos. **Rotunda, para Kollontai no tiene sentido hablar de un “aplazamiento” de la liberación de la mujer; en todo caso, habría que hablar de un aplazamiento de la revolución.** Con estas ideas, claro está, Kollontai tuvo muchos enfrentamientos con sus camaradas varones que negaban la necesidad de una lucha específica de las mujeres. Como anécdota, en el local donde se iba a celebrar la primera asamblea de mujeres que Kollontai convocó, apareció el siguiente cartel: *“La asamblea sólo para mujeres se suspende, mañana asamblea sólo para hombres”*.

Fuente: <http://nuriavarela.com/alejandra-kollontai-la-mujer-nueva/>